

Lección 11

LOS LIBROS PROFÉTICOS II NAHÚM, HABACUC Y JEREMÍAS

Primera Parte

Locutor: En esta lección nos toca conocer solamente a tres profetas conectados con el reino del Sur (Judá) que vivieron después de la caída de Samaria en 722 aC. Vamos a empezar con el profeta Nahúm. . .

Nahúm

. . . El libro de Nahúm tiene tres capítulos. . . Muchas personas no te conocen muy bien. ¿Por qué no nos proporcionas datos importantes tuyos para empezar a conocerte mejor?

Nahúm: Muy bien, aunque a decir verdad mi libro no proporciona impresionantes datos sobre mí. Pero déjenme decirles que fui un profeta de Dios. Mi libro y mi persona no se conocen muy bien, supongo, por dos motivos básicos. Primero, mi libro está entre los así llamados *Profetas Menores* conteniendo como ya apuntaste tres pequeños capítulos. Segundo, mi libro no es muy citado ni en el Antiguo Testamento ni en el Nuevo Testamento. Tal vez esta falta de referencias a mi libro se deba a que yo desempeñé mi ministerio profético en un momento histórico bien limitado del cual mis compatriotas judíos no desean recordar para nada porque fueron tiempos de humillación. Además a diferencia de otros profetas, mi libro no registra una profecía con un tema claramente mesiánico que llame la atención. Pero estoy seguro que si leen detenidamente mi breve libro encontrarán mucho material útil. Lo mismo les ocurrirá con los otros libros proféticos de pocos capítulos.

Locutor: Definitivamente tienes razón en lo que acabas de decir. Nahúm, ¿se puede saber según los datos de tu libro el lugar en que naciste?

Nahúm: No con seguridad. Pero probablemente nací y crecí en una población que llevó el nombre de Elcos. A propósito, la ubicación exacta de esta población es un asunto que todavía no se ha aclarado, aunque se han propuesto varios lugares. Si me preguntas sobre más datos personales, te tendré que decir que mi libro no registra el nombre de mis padres, ni mi oficio previo a mi llamado divino para ser profeta. La atención se da completamente a la visión profética en que consistió mi ministerio. Lamento no poder decir muchas cosas sobre mi persona. Pero me alegro que la profecía que Dios me reveló haya sido escrita y llegado hasta estos días. Después de todo, ha habido estudiosos que se han detenido a considerar mi libro para conocer más la revelación divina. Considero que esto es lo importante, no mi persona.

Locutor: ¿Qué nos puedes decir en cuanto a la época de tu ministerio?

Nahúm: Existe más información sobre las posibles fechas, siempre disputadas entre los eruditos, en que profeticé en mi propio libro. Viví en la época en que el imperio asirio empezaba a mandar signos de debilidad que habían sido correctamente detectados por las otras naciones ambiciosas de poder entre las que se encontraban Babilonia y Media. Sin embargo, los asirios eran aún muy temidos por todos los pueblos de Medio Oriente a causa de que para hacer claro su dominio entre

las naciones, habían ejercido una crueldad como quizás no se había conocido antes. Con tal de mantenerse en el poder aplastaban sanguinariamente cualquier intento de sublevación. Además los asirios fueron uno de los primeros pueblos en someter sistemáticamente a esclavitud y exilio a los pueblos vencidos. Cuando cayó Samaria una gran cantidad de israelitas fueron deportados a tierras mesopotámicas. La capital del imperio asirio era la famosa ciudad de Nínive. El libro y la vida del profeta Jonás por cierto estuvieron vinculados con esta gran ciudad. Debido a la mayor parte del contenido de mi libro, tradicionalmente se ha sostenido que yo viví probablemente entre el año 663 aC, mismo año en que Tebas, la capital del Egipto de aquel entonces, cayó ante las fuerzas asirias (Cf. 3.8) y el año 612, año de la caída de Nínive, vencida por una coalición de fuerzas babilónicas y medas. Pronto el imperio asirio desaparecería a pesar de los intentos de restablecerlo con ayuda egipcia. Es entonces probable que yo haya sido contemporáneo de Josías, el rey judío, mientras que éste ejercía su reforma religiosa en toda Judá.

Locutor: Nahúm, ¿qué cosas se consideran importantes de tu libro?

Nahúm: Cuatro cosas. En primer término está el significado de mi nombre. Nahúm quiere decir *Consuelo*. Todo indica que el significado de mi nombre tenía el propósito de enviar un mensaje al pueblo de Israel que se encontraba exilado o al pueblo atemorizado en Judá. Dios tenía un mensaje que dar, esta vez un mensaje de *Consuelo*, de Nahúm. En segundo término está el estilo de mi libro. Si ustedes dan una lectura, aunque sea superficial a mi libro, notarán inmediatamente que usa muchas metáforas. El estilo es de un escritor que sabe poesía y se sabe expresar bastante bien en este estilo. Dicen los eruditos que mi estilo y riqueza de metáforas y expresiones poéticas es sólo superado por Isaías en el Antiguo Testamento. En tercer lugar está mi profecía sobre la caída de Nínive. Esta profecía trajo un consuelo inmenso a los atemorizados pobladores de Judá, quienes en más de una ocasión sintieron en carne propia la proximidad de la amenaza de las tropas asirias. El pueblo jamás olvidó cuando Jerusalén casi fue tomada poco después de haber caído Samaria. Y finalmente la descripción de la caída de esta ciudad a manos de tropas extranjeras. La caída de Nínive llenó de regocijo, aunque efímero, a más de una nación del Medio Oriente durante aquellos tiempos difíciles. Sin embargo, los herederos de los asirios también trajeron opresión y castigo a las naciones que se opusieron a su dominio territorial. En vista de la descripción que hago de la destrucción de la ciudad, varios eruditos han llegado a pensar que yo tuve que haber sido un testigo ocular de los hechos. Tanto se ha pensado sobre esto que algunos estudiosos creen que mi muerte ocurrió en los alrededores de Nínive porque existe una tradición que ubica mi tumba en esa ciudad.

Locutor: Gracias por permitirnos conocerte un poco más. Estoy seguro que hemos encontrado más de un motivo para leer y estudiar tu libro con mayor ahínco . . .

Segunda Parte

Habacuc

Ahora queremos también conocer a otro de tus contemporáneos y colega en la profecía. Está también con nosotros el profeta Habacuc. Tenemos que conocer datos importantes sobre él y su libro. Dejemos que él nos hable. . . Habacuc, tienes la palabra.

Habacuc: Gracias. Pero voy a tener que decepcionarlos si esperan que mi libro les revele datos biográficos importantes. De hecho mi libro sólo menciona mi nombre un par de veces (1.1 y 3.1). Pero por el contenido se pueden decir dos cosas bastante confiables. Primera que yo fui un profeta de Judá, el reino de Sur, y segunda que presencié el surgimiento del imperio babilónico o caldeo que fue tan cruel y sanguinario como el de los asirios. También a mí me conocen como el otro profeta de la fe aparte de Isaías.

Locutor: Entonces te asemejas a Nahúm en cuanto a datos biográficos.

Habacuc: No sólo en eso, sino en otras cosas también.

Locutor: Menciona algunas de esas cosas.

Habacuc: Mi libro también tiene tres capítulos. Mi labor profética es probable que se desarrolló a la par o poco después de la de Nahúm, aunque no hay registro en la Biblia de que nos hayamos conocido personalmente. Es probable que los dos seguimos de cerca la reforma religiosa del rey Josías en Judá. A Nahúm le tocó profetizar contra el imperio asirio. A mí por mi parte me tocó profetizar contra el imperio babilónico. Esto nos sirvió a ambos para predicar con más entusiasmo a nuestra gente que deberían abandonar toda la idolatría y sólo confiar en Dios, quien era y es el único que jamás podrá ser vencido por ningún imperio.

Locutor: ¿Qué temas son sobresalientes en tu libro?

Habacuc: Tres temas puedo considerar en este momento. Primero, los lamentos expresados por un profeta en un diálogo mantenido con Dios. Yo le hice a Dios unas preguntas directas sobre temas que me habían incomodado desde hacía tiempo, y creo que también siguen incomodando a muchos creyentes hoy. Me lamenté exponiéndole preguntas tales como, ¿por qué permite Dios que los impíos prosperen más que los justos? (1.2-4, 13). Segundo, el hecho que yo haya mencionado a los caldeos por su nombre explícitamente ha provocado que la mayoría de los eruditos haya establecido el tiempo aproximado de mi profecía (1.6). Esto ha creado un consenso de que viví durante los preparativos hechos por los babilonios o caldeos para tomar posesión y control de la mayoría de las naciones del Medio Oriente, incluida Judá. En conexión con los caldeos, yo también le interrogué a Dios el por qué los usaba a ellos como sus instrumentos para castigar a su pueblo amado (1.12). Este uso de los babilonios por parte de Dios realmente me costó mucho trabajo entenderlo, si en verdad alguna vez logré hacerlo. El tercer tema está relacionado a elementos básicos del culto del pueblo como la oración, pero más específicamente a los salmos. No cabe la menor duda para la mayoría de los eruditos que, en gran parte en el último capítulo, yo me expreso usando estos dos elementos del culto. Como recordarán, los salmos en Israel siempre han estado conectados con la liturgia y la adoración del pueblo.

Locutor: ¿Puedes decirnos algunos versículos de tu libro que muchos lectores de la Biblia han llegado a apreciar?

Habacuc: Quizás el texto más conocido de todos sea: “*Mas el justo por la fe vivirá*” (2.4). Esta afirmación aparece por lo menos tres veces en el Nuevo Testamento (Ro 1.17; Gl 3.11 y Heb 10.38). El apóstol Pablo la utilizó en su doctrina de la justificación por la fe. Lutero la enfatizó

durante la Reforma. Otro texto mío que se usa en el contexto de la adoración es el que dice: “Mas Jehová está en su santo templo: ¡calle delante de él toda la tierra!” (2.20).

Locutor: Muchas gracias Habacuc. Ha sido muy interesante empezar a conocerte . . .

Tercera Parte

Jeremías

Ahora pasemos a considerar al más voluminoso de los profetas de esta lección, a Jeremías. El libro que lleva su nombre tiene 52 capítulos. Dejemos que el mismo Jeremías nos ponga al tanto de su ministerio. . . Jeremías, voy a empezar nuestra entrevista preguntándote: ¿hubo profetas en el reino del Norte durante tu tiempo?

Jeremías: No que el Antiguo Testamento incluya. Recuérdese que el impacto de la caída de la capital de Israel, Samaria, en el año 722 aC fue devastador. Sus habitantes fueron llevados al exilio forzado. Eso, sin embargo, no significa que Dios haya suspendido su revelación, pues el pueblo suyo no cesó de pecar. De hecho hubo profetas que Dios levantó en el exilio poco tiempo después. La profecía también continuó activamente en Judá, el reino del Sur; algunos de los profetas se puede decir que recibimos o continuamos haciendo hincapié en ciertos aspectos considerados típicos de los profetas del Norte. Por ejemplo, algunos estudiosos han detectado mi afinidad con Oseas en el uso de la metáfora del matrimonio, y con la así llamada tradición deuteronomica. Nahúm y Habacuc, como acabamos de ver, fueron otros profetas que vivieron muy cerca de mi tiempo en Judá después de la deportación de los israelitas. Desde luego que existieron otros profetas en Judá además de los mencionados. Dentro de esos profetas están Abdías y Sofonías, quienes fueron grandes profetas sin duda a pesar de la idea contraria que se forjan fácilmente muchos estudiantes porque estos profetas sólo tienen unas pocas páginas en sus libros. De hecho no hubo profetas pequeños. Todos fueron grandes profetas.

Locutor: ¿Dónde naciste? ¿Quiénes fueron tus padres? ¿Tuviste hermanos?

Jeremías: Mi padre fue un sacerdote de nombre Hilcías. Algunos eruditos han llegado a pensar que yo mismo posiblemente haya llegado a ser un sacerdote de los descendientes de Abiatar (1 R 2.26). Mi padre vivió en Anatot, una población de Benjamín localizada como a 4 kilómetros (2.5 millas) al nordeste de Jerusalén en límites territoriales de Judá. La Biblia no registra el nombre de mi madre. A decir verdad, la Biblia aporta poca información sobre mi propia familia. Por eso la Biblia no afirma que tuve hermanos o hermanas. Más bien se concentra en mi ministerio profético como el elemento central de mi persona. Es más, hay algunos indicios que mis propios paisanos no apreciaron mis profecías. Fue el peligro contra mi vida el que me obligó a mudarme a Jerusalén (11.21; 12.6). Debo admitir que Dios me había dicho claramente que mi ministerio profético tendría muchas dificultades (1.9-10).

Locutor: En resumen, ¿cuál fue el momento histórico mundial que te tocó vivir?

Jeremías: De esto la Biblia definitivamente revela más datos. Es más, se dice que el libro que lleva mi nombre es uno de los libros proféticos que arrojan más datos, no sólo sobre el panorama mundial, sino sobre la vida personal de cualquier profeta en cuestión. Esto sin duda se debe a que

mi ministerio profético si no fue el más prolongado de todos los profetas, sí fue uno de los más duraderos; mi ministerio se alargó por más de 4 décadas. Yo viví durante el reinado de varios reyes de Judá. De hecho, conocí a los últimos reyes de Judá y profeticé contra ellos. Eran tiempos tumultuosos en la escena mundial. El imperio asirio estaba llegando a su fin, y los competidores, los babilonios y medas al igual que los egipcios, fueron los más prominentes para heredarlo. Los diversos enemigos apostándose en varias fronteras del imperio asirio terminaron diezmándolo considerablemente al paso del tiempo. Los egipcios aprovecharon la debilidad del imperio asirio para extender temporalmente su dominio hasta Siria incluyendo a Palestina. El rey judío Josías quiso intervenir también en el balance de poder de las potencias mundiales, pero su campaña militar terminó en su propia muerte en 609 aC Finalmente los babilonios se impusieron y emergieron como la potencia militar principal. Fue en este contexto histórico que me tocó también vivir las nada agradables experiencias de ver frente a mis ojos la conquista de la capital de Judá en 598 y la caída y destrucción de Jerusalén en 587 aC ante el ataque inmisericorde de los babilonios. Vi en ambas ocasiones salir penosamente a muchos de mis compatriotas al exilio babilónico. Poco tiempo después de la destrucción de Jerusalén, yo mismo fui llevado contra mi voluntad al exilio hacia tierras egipcias en donde mi vida llegó a su fin.

Locutor: En el contexto histórico de Judá, ¿cuándo te iniciaste como profeta? ¿Quién gobernaba?

Jeremías: De entrada, mi libro proporciona rica información sobre mi llamado divino a iniciar mi labor como profeta en el año 13 del reinado del rey Josías (1.2). Josías reinó gran parte de la segunda mitad del siglo VII, del 640 al 609 aC Este rey probablemente fue uno de los últimos reyes de Judá más conocidos pues se habla bien de él en la Biblia (2 Cr 34.3; 2 R 23.35). Durante su reinado, Josías intentó deshacerse de la mucha idolatría existente entre nuestra gente, tanto en Israel como en Judá, idolatría que fue prácticamente fomentada por sus antecesores en el trono. Debo admitir que cuando me inicié como profeta, la reforma de Josías estaba en todo su vigor. Yo mismo me entusiasmé también con esta medida de Josías, pero después me di cuenta que no se trataba de la necesidad de celebrar reformas externas por más religiosas que éstas fueran, sino que la reforma que necesitaba realmente nuestro pueblo era de carácter interno en la vida de cada persona. De todas maneras, Josías emprendió lo que se ha dado en llamar una reforma de fuerte acento religioso en Judá. Estando ya reinando por 18 años, Josías se dio cuenta del pésimo estado en que se encontraba el otrora impresionante templo en Jerusalén. Se propuso restaurarlo. Dispuso, junto con el pueblo (2 Cr 34.9) de respetables recursos económicos para su restauración a la par que continuó una dismantelación de templos y lugares sagrados de los dioses extranjeros traídos o previamente existentes en las tierras de Judá. Fue durante la ejecución de la remodelación del templo de Jerusalén que el sacerdote Hilcías encontró “el libro de la ley” (2 Cr 34.15). Para ratificar la veracidad del documento, Josías hizo consultar a una profetisa de nombre Hulda. Ésta confirmó el documento mediante una profecía favorable a Josías. Acto seguido, Josías emprendió con mayor ahínco su reforma religiosa a favor de Yahvé, el Dios de Israel y Judá. Un día reunió a su pueblo y juntos prometieron renovar el pacto establecido por Dios hacía muchos años. Josías además rescató la fiesta de la pascua, una de las fiestas religiosas que de hecho se sigue celebrando entre el pueblo judío. Sin embargo, como ya mencioné, Josías murió en 609, y tal parece que el fervor religioso en Judá y en Israel decayó considerablemente. La potencia que quedó gobernando Palestina fue Egipto, un enemigo natural de los emergentes babilonios al Este. Judá entró en un período difícil tratando de mantener la lealtad a la potencia

en turno y tratando por otro lado de buscar un espacio para lograr su independencia. Fueron los años en que Judá como nación vivió peligrosamente hasta que vino la derrota total a manos de los babilonios.

Locutor: Entrando a hablar del libro de Jeremías, ¿existe una manera sencilla de dividirlo?

Jeremías: En realidad no. La tarea de sistematizar el contenido de mi libro ha sido materia de mucha discusión entre los eruditos. La realidad es que no existe una forma al estilo occidental actual de dividir el material de mi libro. Por ejemplo, los primeros seis capítulos hablan del período inicial de mi ministerio profético relacionado claramente al reinado de Josías. Los capítulos siguientes se conectan con los otros reyes judíos que existieron antes de la caída y destrucción total de Jerusalén. Los nombres de estos reyes fueron Joacaz, quien por cierto duró en el poder solo tres meses debido a que el faraón egipcio, que controlaba Palestina, lo destituyó para poner al hermano de Joacaz de nombre Eliaquim a quien hizo llamar Joacim (2 Cr 36.1ss). Este cambio lo hizo el faraón aparentemente porque Joacim estaba más inclinado a favorecer a Egipto que a los babilonios. Fue bajo el gobierno de Joacim que la ventaja de los egipcios en Palestina desapareció ante los babilonios hacia fines del siglo VII aC. Estos últimos bajo el mando de Nabucodonosor conquistaron Judá y su capital Jerusalén en 598 aC (2 Cr 36.5ss). Como producto de esta derrota, algunos judíos fueron llevados al exilio y el resto fue sometido al pago de tributo. El reino quedó a cargo de Sedequías (2 Cr 36.10ss), quien fue impuesto por Nabucodonosor. Todos estos reyes no continuaron la reforma de Josías. Al contrario, se rebelaron contra Dios y volvieron a fomentar la idolatría entre el pueblo judío.

Locutor: Supongo que bajo estas circunstancias tan adversas, has de haber sufrido muchas penalidades.

Jeremías: Sí, porque mis conciudadanos me consideraron, por mis constantes profecías a favor de rendirse a los babilonios, una especie de anti-nacionalista. Esto me colocó contra casi todo el pueblo y me gané fácilmente muchas antipatías y hostilidades. Pero al mismo tiempo ésta fue una época de una actividad profética fructífera para mí. Mis profecías hicieron mucho sentido, aunque no fueron aceptadas por la mayoría de la gente. A ellos les gustaba escuchar a falsos profetas quienes, lejos de llevarles la auténtica revelación de Dios, los adulaban y les pintaban cuadros agradables y llenos de paz para el futuro. La gente se fascinó con estos falsos profetas. La amenaza del castigo de Dios por su rebeldía no la supieron apreciar en su correcta dimensión. Tan absortos estaban en la idolatría y la rebeldía ante Dios. La labor que Dios me encomendó fue relativamente muy sencilla, pero altamente impopular. Me encomendó revelar la profecía de que la amenaza y el castigo de Dios para el pueblo vendría del Norte, es decir, de los babilonios. Esta profecía la repetí constantemente por una buena cantidad de años antes de 598 aC y la mantuve hasta días previos a la caída de Jerusalén en 587 aC.

Locutor: Parece increíble que el pueblo de Judá no haya corregido el rumbo de su vida y obedecido finalmente a Yahvé, sobre todo después de que Babilonia no dejó ninguna duda que era la primera potencia del mundo de aquel entonces.

Jeremías: Así es la naturaleza humana que está cegada por la obscuridad que trae el pecado. El mismo rey Sedequías que había sido impuesto por el rey babilonio, poco después tuvo

ambiciones exageradas y basadas en fantasías que solo él y sus colaboradores contemplaban. A mí me trató de lo peor, se mofó de mí y de los otros profetas de Yahvé. Dios entonces intervino en su ira (2 Cr 36.15ss).

Locutor: Cuéntanos cómo terminó Dios castigando a Sedequías y al pueblo judío.

Jeremías: Dios hizo que Sedequías se obstinara en obtener la independencia de Babilonia, a pesar de que yo le advertí que no lo hiciera. Sedequías se rebeló contra el rey babilonio; dejó de pagar su tributo. Como respuesta Nabucodonosor emprendió una expedición punitiva contra Sedequías y Judá. La caída y destrucción de Jerusalén con todo y su templo fue definitiva y ejemplar. Dios cumplió con su advertencia, y también con su plan de castigar a su pueblo por haberle sido tan infiel por mucho tiempo.

Locutor: Ya que estamos en este tema, ¿cuál fue tu papel en los años y días previos a la caída de Jerusalén?

Jeremías: Dos lugares distintos en mi libro existen sobre mi labor profética en esos años y días en cuestión. La primera aparece en el capítulo final. La segunda está registrada en los primeros versículos del capítulo 39. Además, gran parte de 2 de Reyes 25 reproduce mi relato. En cuanto al primer texto, ya se mencionó que Sedequías ocupó el trono de Judá gracias a que el rey de Babilonia lo había impuesto cuando destituyó a Joaquín. Joaquín fue llevado prisionero a Babilonia. Sedequías terminó rebelándose contra Nabucodonosor. El rey de Babilonia no podía darse el lujo de mandar una señal a Egipto, o a cualquier otra nación, que pudiera ser interpretada como debilidad babilónica, por lo que el castigo sería ejemplar como sin duda lo fue. Sedequías, al enterarse que el ejército de los caldeos o los babilonios se aproximaba a Jerusalén se atrincheró dentro de los muros de la ciudad, él y todo su ejército. Los babilonios sitiaron la ciudad. Jerusalén fue cortada de toda provisión exterior. Al cabo de dos años, mucha gente hambrienta, soldados y el mismo Sedequías aprovecharon la oscuridad de una noche para escapar del sitio y de la ciudad. Los babilonios no tuvieron dificultad en detectar la fuga y persiguieron a los soldados y al rey. Llegando cerca de Jericó, Sedequías se quedó sin protección militar llegando a ser presa fácil para los soldados babilonios. El castigo que habría de recibir sería ejemplar y triste en grado superlativo, pero supongo que jamás se imaginó el castigo tan horroroso que sufriría a manos de Nabucodonosor. Sedequías fue llevado junto con todos sus dirigentes principales, incluidos sus hijos, ante el rey de Babilonia. Una vez delante del rey, Nabucodonosor degolló a los hijos del rey Sedequías ante sus propios ojos. Inmediatamente después procedió a extraer los ojos de Sedequías para después mandarlo encarcelar hasta su muerte. El segundo texto, o sea, el capítulo 39, y en realidad la parte final del capítulo 38, se refiere específicamente a mi papel como profeta de Dios los años y días previos a la caída de Jerusalén. Sedequías, aunque no guardaba gran estimación a mi persona, sabía que yo era un profeta de Dios que profetizaba desagradables cosas para los planes ambiciosos del rey y sus colaboradores. Mis enemigos, que para ese entonces eran muchos, me odiaban a causa de las profecías que Dios me mandaba revelarles, las cuales por cierto chocaban contra los planes y ambiciones de ellos. En un acto de ira me atraparon y para deshacerse de mí me lanzaron a una profunda cisterna que estaba llena de lodo. Planearon que allí moriría sin remedio. Sin embargo, no contaron con que Dios habría de mandar a un hombre piadoso a intervenir ante el rey por mi vida. Este hombre llevó a un grupo para rescatarme, aunque no pudo librarme de estar privado de

mi libertad. El rey me mantuvo preso en el patio de la corte de la ciudad. Un día un sirviente del rey se presentó en ese lugar preguntando por mí. Me llevó en secreto ante la presencia del rey Sedequías. El rey me pidió que le revelara la voluntad de Dios en cuanto al rumbo que tendría que tomar en sus relaciones con los babilonios. Él realmente quería escuchar que Dios le diera la aprobación para rebelarse contra Babilonia teniendo la esperanza que Egipto se uniría a su rebelión (Cf. Ez 21.18-32; Jer 37.5-10; 34.21-22). Él había puesto su confianza en las predicciones de los falsos profetas que aun en el exilio estaban predicando a los exiliados que pronto volverían a Judá (Hananías, cap. 28; y Cf. 29.8ss). El rey solamente reforzó sus esperanzas en tales profecías provenientes del exilio. Yo le profeticé, para su sorpresa, todo lo contrario, cosa que por cierto había venido haciendo desde hacía tiempo. Le repetí claramente que la voluntad de Dios era que se sometiera al mando de los babilonios. Sólo así salvaría su vida y la de la nación. Intuí que no seguiría el consejo de Dios. Tan rebelde fue. Me devolvió a mi prisión, donde permanecí durante el sitio hasta que acabó, con el triunfo final de las fuerzas del rey de Babilonia. Después de la caída de Jerusalén, el rey de Babilonia me autorizó a quedarme en Jerusalén bajo el mando de Gedalías. Ésta fue la persona que había escogido el rey para entregar el gobierno de aquel territorio ahora en poder de los babilonios. Dios me permitió ver, aunque para mi tristeza, la certeza de mis predicciones que él me había concedido revelar sobre lo que le sucedería a Sedequías y a la nación.

Locutor: Has dicho que permaneciste en Jerusalén aun después de que ésta cayera y fuera destruida. ¿Cómo fue entonces que terminaste en Egipto?

Jeremías: Los capítulos 40 al 44 de mi libro tienen material relacionado a este período. Gedalías, el gobernador asignado por Babilonia, tuvo que operar su administración desde la población de Mizpa. Jerusalén por su parte había sido incendiada y destruida casi completamente como una estrategia babilónica para evitar que la nación volviera a concentrarse y tomar vigor en torno a Jerusalén y su templo. Los babilonios habían llevado a muchos al exilio dejando solamente a algunos pocos en toda Judá. De éstos, la mayoría eran pobres y sin grandes conocimientos. Gedalías comenzó bien su gobierno logrando reunir a los dispersos en el país y proveyendo de alimentos a todos gracias al excelente trabajo unido que se empezaba a realizar. Sin embargo no faltó entre los judíos quienes pensaron que Gedalías era una especie de vendepatrias. Gedalías fue advertido acerca de un complot contra su vida y una nueva rebelión contra los babilonios. Él, lamentablemente, pensó que una nueva sublevación contra Nabucodonosor no prosperaría. Y en esto tenía razón, sólo que no contó con la locura de algunos que pensaban lo contrario. Así, un día una banda encabezada por un Ismael logró infiltrarse engañosamente en una comida ofrecida por Gedalías. Éste, en medio de la comida, fue sorprendido por Ismael y su banda quienes en un momento sacaron sus armas y mataron a Gedalías y a todos sus colaboradores posesionándose así de Mizpa. Poco después Ismael y su banda, temiendo la represión babilónica, huyeron, forzando al pueblo a acompañarle. Yo fui incluido en ese grupo. Pero en Gabaón fuimos alcanzados por otro jefe militar judío de nombre Johanán, quien nos rescató una vez que Ismael huyó con su banda. Johanán también temía la represión babilónica y tenía el plan de conducirnos a todos hasta Egipto. Un día, el grupo de hombres encabezado por él, me pidió que les revelara la voluntad de Dios para ellos. Dios me reveló que les dijera que permanecieran en tierras de Judá sin temer a la represión de los babilonios. A pesar de esta revelación, Johanán se obstinó en continuar el viaje a Egipto llevándonos a todos con él. Fue así que llegamos hasta Tafnes, la capital egipcia en aquellos

años. La última parte de mi ministerio profético y de mi vida se desempeñaría en tierras egipcias. Varias profecías me reveló Dios en Egipto. Una fue contra los mismos egipcios, entre quienes los judíos se sentían seguros. Egipto habría de sufrir la conquista de los babilonios en un futuro próximo. Pero también serían arrasadas otras naciones vecinas (Caps. 46-49). Todo esto aconteció después de mi muerte. También Dios me reveló que él tenía preparado un juicio contra la misma Babilonia. Este imperio sería a su vez sometido por una gran y nueva potencia mundial. Esa nueva potencia fue ni más ni menos que Persia, encabezada por su rey Ciro. El plan de Dios continuaba su marcha a pesar de que todo se veía muy negro para la nación judía.

Locutor: ¿Quieres decir que tú también profetizaste mensajes de esperanza en medio de tantas cosas negativas que nos has descrito hasta aquí?

Jeremías: Puede sonar raro, pero así fue. Yo también, en medio de las repetidas profecías negativas contra Judá, profeticé mensajes de esperanza. Dios utilizó diversos instrumentos en la historia como Nabucodonosor o Ciro, personajes extranjeros, para castigar a su pueblo escogido, a aquel mismo pueblo con quien había establecido un pacto en donde él tendría el papel de defenderlos contra todos sus enemigos. Desde luego que Dios castigó a su pueblo porque éste no cumplió su parte en tenerle solo a él como Dios. El pueblo repetida y abiertamente abrazó dioses ajenos delante de Yahvé. Esto despertó su ira, y nos mandó a nosotros, los profetas, a advertir al pueblo que si no se volvían a él, tendrían que sufrir las consecuencias. Desde luego muchos no creyeron las claras y abundantes advertencias e invitaciones de Dios. Una vez ejecutado el castigo, Dios se acordaba de su parte en el pacto. Después del castigo habría de venir la manifestación de su amor. Él había dado su Palabra repetidamente. A David le había prometido que su dinastía continuaría. Al pueblo le había prometido un nuevo pacto. Estas promesas estaban vigentes a pesar del castigo logrado por los instrumentos de ejércitos extranjeros. A mí definitivamente me dio palabras de esperanza para compartir con el pueblo.

Locutor: Danos unos ejemplos, por favor.

Jeremías: Tres ejemplos voy a dar. Primero, yo les escribí una carta a los exiliados judíos que Nabucodonosor se había llevado en 598. En esa carta les pedí que no hicieran caso a los falsos profetas que les estaban engañando anticipándoles que muy pronto todos ellos volverían a ver la tierra de Judá. Les aconsejé que sería mejor para todo el pueblo que empezaran a aprovechar las ventajas de la tierra de Babilonia, que se casaran, porque pasarían allí 70 años. Pero al mencionar esta cantidad de años les revelé que Dios, terminados esos años les haría volver a Judá: “haré volver a vuestros cautivos y os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares a donde os arrojé, dice Jehová. Y os haré volver al lugar de donde os hice llevar” (29.14). El capítulo 30 también continúa este mensaje de esperanza para los cautivos. Esta es una profecía de esperanza que a pesar de los años que pasarían antes de llegar a ser una realidad, los judíos seguramente atesoraron. El segundo ejemplo está conectado con el sitio babilónico sobre Jerusalén. Durante los dos años que duró el sitio, hubo un tiempo que los babilonios fueron obligados a poner su atención en los egipcios, de quienes habían escuchado que se aproximaban para combatirlos. Este rumor llegó adentro de la sitiada Jerusalén provocando en más de uno una falsa esperanza en confiar que los egipcios se aproximaban para rescatarlos de los babilonios. Yo predije por cierto que esta era una falsa ilusión. En ese tiempo, sin embargo, los babilonios dejaron el sitio a la ciudad para ir a enfrentar la amenaza egipcia, la cual no demoraron en someter. A pesar de que

yo profeticé que los babilonios volverían sin demora, un primo me ofreció en venta una propiedad en nuestra nativa Anatot. Dios me ordenó que mi mensaje de esperanza fuera acompañado por un acto simbólico, como sucedió en otras ocasiones en mi ministerio. En este caso me pidió que le comprara la propiedad a mi pariente a pesar de que todo el pueblo pensaba que tal propiedad no tenía gran valor a causa de que de nuevo habían oído que los babilonios se aproximaban otra vez a continuar el sitio a Jerusalén. Yo tomé el dinero requerido y lo pagué. Con este acto prediqué que Dios habría de restaurar a Judá un día no muy lejano. Sin duda, muchos de mis compatriotas me han de haber juzgado de ser un auténtico lunático al hacer semejantes adquisiciones en tales circunstancias (Cf. Cap. 32). Pero con mi acción pretendía darles el mensaje de esperanza que Dios haría que la Tierra Prometida volvería a ser controlada por su pueblo en el futuro próximo. Y el tercer ejemplo está registrado en el capítulo 33. También este ejemplo está conectado con el sitio de los babilonios. El mensaje de esperanza en medio de días tan sombríos fue que Dios restauraría lo que todo el mundo consideraba desolación en Judá. A pesar de toda la destrucción Dios mantendría vivo el linaje de David en todo Israel (23.5). Dios habría de restaurar su protección con su pueblo a través de un nuevo pacto en el corazón de las personas. Él haría brotar un renuevo justo que traería justicia y salvación para que su pueblo habitara seguro bajo “Jehová, justicia nuestra” (33.16).

Locutor: Jeremías, ¿qué otras cosas consideras que nuestros estudiantes necesitan saber sobre ti?

Jeremías: Creo que dos cosas, primero sobre la provisión divina de una especie de secretario y colaborador que me acompañó en momentos cruciales de mi ministerio profético. Me refiero a mi amigo Baruc (Cap. 36). Gracias a que Dios usó a Baruc, de quien se ha dicho que fue una especie de biógrafo mío, han llegado a nuestros tiempos una serie de profecías que Dios me mandó específicamente escribir. Baruc brindó una ayuda incalculable en esta recopilación de mis profecías. No sólo eso, sino que también, una vez terminada la tarea, fue al templo en medio de un ayuno para leer frente al pueblo el contenido del escrito. Poco después, el rey se disgustó tanto que mandó quemar aquel documento. Sin embargo, Dios permitió que Baruc y yo volviéramos a trabajar, aunque escondidos, en la recopilación de aquellas profecías y de algunas más pronunciadas por lo menos durante dos décadas (Caps. 36-45). Finalmente, Baruc estuvo conmigo en el exilio en Egipto (43.6ss). La segunda cosa tiene que ver con la identificación que algunos hacen de mí. Me han llamado el profeta llorón porque se ha llegado a pensar que el libro de Lamentaciones fue dado por Dios a mí. Quiero que sepan que este título, desde luego, no me agrada. La realidad es que mi libro, como ya lo mencioné, apunta algunos detalles personales sobre mi estado emocional en distintas etapas de mi ministerio. En algunos pasajes se deja entrever que yo no fui un profeta que sufriera en silencio. Especialmente los capítulos 36 al 45 contienen algunas menciones de mi estado emocional. Dios me mandó que no me casara, que no aceptara invitaciones a comer, y así lo tuve que cumplir (16.1ss). Yo añoraba volver a mi pueblo para permanecer lejos de los problemas y la situación precaria de Jerusalén durante mi ministerio, pero tampoco pude vivir en un lugar tranquilo. Varias veces atentaron contra mi vida. Fui una persona muy impopular y despreciada por muchos. Algunos me consideraron un traidor y vendepatrias. Obviamente esto me lastimó profundamente. Además, varias veces sentí que mis esfuerzos eran inútiles. La frustración me invadió al punto que me sentí usado por el mismo Dios (20.7ss). Además, a mí me tocó comunicar el mensaje nada halagador de que Jerusalén sería conquistada y destruida, que de nada valía la exagerada confianza de que por tener el templo en

Sión Dios jamás permitiría que se invadiera Jerusalén. Finalmente me tocó ver de cerca el tremendo sufrimiento del pueblo cuando la ciudad fue sitiada, aun Baruc se encontraba prácticamente deshecho (Cap. 45). Ver el templo en ruinas y observar cadáveres de compatriotas por un lado, y por otro ver a miles de mis compatriotas ser llevados al exilio, no una sino dos veces o quizás más, hubiera hecho pasar momentos sumamente difíciles a cualquiera. Pero tampoco quiero que me tengan lástima. Yo no hubiera cambiado mi vida. En medio de mis muchos sufrimientos, Dios me permitió ver el cumplimiento de algunas de mis profecías. En cierta forma, se puede decir que Dios me vindicó frente a mis enemigos y mis compatriotas. Yo me alegro de haber servido, aunque bajo muchas penurias, a un Dios amoroso y justo como lo es el Dios de la Biblia.

Locutor: Bien dicho, Jeremías. Creo que hemos aprendido mucho de Dios a través de tu ministerio.